

GABRIEL NOGUERA

LOS HIPERBÓREOS



Macleín *y* Parker

Primera edición

Mayo de 2023

Del texto

© Gabriel Noguera, 2023

De la cubierta

© Diego Lozano Rollán, 2023

www.instagram.com/diegolozanorollan

De esta edición

© Maclein y Parker, 2023

Pasaje Lagunas de Ruidera, 6

41701 Dos Hermanas, Sevilla

www.macleinyparker.com

Edición y corrección

Cecilia Ojeda y Antonio Abad (Maclein y Parker)

Diseño de la colección y maquetación

Antonio Abad (Maclein y Parker)

Impresión

Estilo Estugraf Impresores, S.L.

Impreso en España / *Printed in Spain*

ISBN: 978-84-126927-1-6

Depósito Legal: SE-833-2023



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com).

Para Sonia

Mirémonos cara a cara. Somos hiperbóreos; sabemos perfectamente bien hasta qué punto vivimos aparte. «Ni por mar ni por tierra encontrarás un camino que conduzca a los hiperbóreos»; ya Píndaro supo esto mucho antes que nosotros. Más allá del norte, del hielo, de la muerte; nuestra vida, nuestra felicidad...

FRIEDRICH NIETZSCHE

—Para mí no es sencillo. No estoy tratando de ser graciosa. ¿Por qué quieres acostarte conmigo?

—Porque una vez nos cogimos de la mano.

LEONARD COHEN



Hay algo fantasmagórico en unos grandes almacenes a primera hora de la mañana, antes de que abran sus puertas al público. Y no por los pasillos vacíos o los maniqués inmóviles y aterradores, sino por los empleados que deambulan como almas en pena por sus diversos departamentos, todavía demasiado dormidos como para saber bien dónde se encuentran o plantearse qué están haciendo con sus vidas. Yo incluso podía considerarme afortunado, ya que había dispuesto de toda una noche de insomnio para hacer examen de conciencia, cortesía del jefe de planta que, al terminar la jornada anterior, me había comunicado que debía presentarme en dirección a la mañana siguiente para ser reevaluado.

Llegué puntualmente a la cita, aunque sabía que me tocaba esperar todavía un buen rato en lo que en Almacenes Hurtado llamaban «sala de reflexión». De detención, decíamos los empleados. La teoría era que, mientras esperábamos nuestro turno, pensaríamos en nuestros actos y haríamos propósito de enmienda por el bien de la empresa. Creo que lo único que conseguían en realidad era ponernos nerviosos y que dijéramos que sí a todo de forma

irreflexiva una vez que nos recibían en el despacho, pero qué sabré yo de tácticas de control mental.

Unos paneles de cristal hacían de paredes en la sala de reflexión para que nos sintiéramos señalados cada vez que pasara algún empleado por el pasillo. Parecía evidente que el objetivo de esta especie de pecera era pisotear nuestra intimidad, que todos supieran que íbamos a ser reprendidos por mala conducta y que no era juicioso relacionarse con nosotros si uno pretendía tener un futuro en la empresa. Como los sádicos que diseñaron este sistema no tenían suficiente con esta humillación, ni siquiera había en la sala revistas que pudieran amenizar la espera, cuando incluso en las consultas de los dentistas tienen la deferencia de dejarte alguna antes de torturarte, aunque sea antigua. El uso del teléfono móvil, por otra parte, estaba totalmente prohibido durante la jornada laboral. Tampoco la decoración invitaba a distraerse, lo único destacable era un par de ficus en las esquinas, pero nunca he encontrado de especial interés la botánica.

A pesar de las aburridas charlas de prevención de riesgos laborales con las que nos martirizaron al empezar nuestro contrato y de la tan cacareada ergonomía del trabajo, los asientos eran incomodísimos; después de veinte minutos de estar sentado en uno de ellos revolviéndome en busca de una postura en la que no sintiera espasmos en la columna, ya estaba preguntándome si valía la pena vivir. Al menos, de esta manera. Quizá la mendicidad fuera una forma menos dolorosa de ganar dinero. Y bastante más digna. Seguramente me llevaría una cantidad mucho mayor de tiempo conseguir el capital que necesitaba para estudiar el máster

que tenía en mente, pero era joven y disponía de toda una vida por delante. No carecía de sentido planteárselo.

Entró una chica rubia y tomó asiento al otro lado de la sala. No la había visto nunca y esto era un error imperdonable por mi parte, puesto que era sumamente atractiva. Pero tampoco llevaba tantos meses trabajando en Almacenes Hurtado y era natural que no conociera a toda la plantilla. Además, seguro que trabajaba en otra planta, quizá en la sección infantil o en perfumería. Se sentaba de forma muy elegante, como si hubiera tomado lecciones de protocolo y supiera que debía mantener una postura erguida para destacar su figura esbelta, aunque la delgadez no tenía nada de particular dentro de la empresa: todavía no me había cruzado con ningún empleado obeso, como si la dirección opinara imposible que un cliente en su sano juicio fuera a comprarle a un dependiente entrado en carnes. Parecía que una de las leyes no escritas del marketing es que jamás se puede confiar en un gordo.

La observé con disimulo, aunque realmente no había nada más que mirar en la habitación y esperaba que entendiera mi actitud si me descubría. De todos modos, me puse muy nervioso al estar cerca de una chica tan guapa. Ojos grandes, nariz respingona, labios carnosos. Una belleza objetiva, de las que nadie puede poner en duda. Imaginé que estaría acostumbrada a ser objeto de escrutinio, lo que me llevó a redoblar mis esfuerzos por no ser demasiado descarado. Llevaba la larga melena recogida en una coleta como estaban obligadas las dependientas de la empresa, pero el detalle que me llamó la atención fue que tenía tres lunares junto a la ceja izquierda. Como unos

puntos suspensivos. O como si se tratara de un mensaje en código morse: una raya (la ceja) y tres puntos. Seguro que este aspecto de su físico lo utilizaban a menudo los hombres como tema de conversación cuando intentaban ligar con ella, así que descarté recurrir a él. Además, yo estaba ahí para ser reevaluado y tal vez despedido, no parecía el momento más indicado para ponerme a flirtear con una compañera del trabajo. Sin embargo, fue ella la que se dirigió a mí.

—¿Preparado para el acto de contrición? —me inquirió con los brazos cruzados y expresión de hastío.

—Estoy listo para mostrarme arrepentidísimo —contesté preguntándome si hablar en la sala de reflexión no iría contra las normas; tal vez nos estuvieran observando en ese momento por las cámaras de seguridad y escuchando atentamente nuestra conversación—. Aunque, si te soy sincero, ni siquiera sé qué he hecho mal.

—¿En serio? Vaya, sí que son crueles contigo, debes de caerles muy mal. O igual es una estratagema calculada para que confieses algo que todavía desconocen.

—Diría que mi comportamiento ha sido impecable, pero tampoco me atrevo a asegurarlo, puede ser cualquier minucia que se me haya pasado por alto. ¿Tú por qué estás aquí?

—Porque un cliente me tocó el culo.

—¿Y eso es culpa tuya? ¿Esperaban que estuvieras rápida de reflejos y te apartaras?

—Mi reacción, por lo visto, fue reprochable. Se supone que tenía que haber sido más discreta y no armar un escándalo. Tal vez se esperaba que insultase al cliente

susurrando para no montar una escena o algo así. Porque gritar y abofetear a un posible comprador da mala imagen a la empresa.

Antes de que pudiera responder a esto, se abrió la puerta del despacho y el coordinador de Recursos Humanos dijo mi nombre. Me despedí de la chica con un gesto de la mano y pasé a la otra habitación, presidida por un enorme retrato del fundador de Almacenes Hurtado en el que aparecía montado a caballo, como Carlos V en el famoso cuadro de Tiziano. Esperé a que el coordinador, un tipo calvo y con bigote *bismarckiano*, tomara asiento ante su escritorio y después me senté yo. Me lanzó una mirada severa y procedió a leer de un papel sobre su escritorio.

—Ayer actuó usted de manera irresponsable y puso en peligro la imagen corporativa de esta casa.

—¿Cómo?

—¿Acaso le he dado permiso para hablar, joven?

—Perdón.

—¿Niega los hechos?

—Disculpe mi osadía, pero me sería más fácil reconocerlos si supiera exactamente a qué se refiere.

—Ayer, cerca del mediodía, expresó usted una opinión con respecto a un cartel publicitario de esta casa. En concreto, le comentó a otro empleado que «ti» no lleva tilde.

—Perdone, pero no creo que la ortografía sea opinable.

—Esa es su opinión. Y es irrelevante. El problema, joven, es que usted podía haberla expresado por los canales internos habituales. Sin embargo, lo hizo en voz alta. Arriesgándose a que algún cliente lo oyera. ¿Qué imagen cree que transmitiría eso?